

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año VII || San Salvador, Centro América—Enero y Febrero de 1952 ||

Números
57-58

ORIENTACION

O Síntesis Final en la Cuestión Social o Retroceso Fatal

Despertar de la Conciencia Social

En los albores de este nuevo año se impone un balance moral. Centro América, desde hace algunas décadas, pero sobre todo en estos últimos tiempos, ha venido sintiendo el coletazo del gran movimiento mundial de nuestro siglo. El despertar social de las conciencias ha sido brusco y general. La justicia social se ha impuesto a todos los centroamericanos, ricos y pobres, de derechas o izquierdas. El liberalismo ha visto cuartearse sus muros bajo la embestida de una conciencia colectiva que viene arrolladora con el vigor que le infunde el sueño de siglos que la ha dominado... Desde 1931 se han ido sucediendo las reclamaciones sangrientas, las protestas cívicas y democráticas y las llamadas del Episcopado centroamericano. Hoy en día no hay gobierno que se atreva a presentarse sin programa social. Este se impone: se ha formado la conciencia social. Y lo que aún es mejor, ésta se ha exteriorizado ya en realizaciones valiosas, que están a la vista de todos. Por de pronto, son ya varias las repúblicas centroamericanas que han intentado —con mayor o menor acierto— sincronizar sus mismas constituciones fundamentales con las legislaciones más decididamente sociales del orbe. Y ese gesto —sincero como el que más, pues para un país democrático no hay nada tan sagrado, dentro de su órbita natural, ni con lo que se sienta tan seriamente comprometido, como su constitución política— ha empezado a fructificar en multitud de obras estupendas, llevadas a cabo por el Estado, por la Iglesia y por los particulares. En Centro América bien se puede decir, hoy por hoy, de la justicia social, lo que anunció el anciano Simeón de Jesucristo: se alza, cual piedra de escándalo, para ruina y resurrección de muchos... hay que contar con ella.

Pero, ¿estamos en vías de solución?

Es evidente que seguimos los mismos pasos que el resto del mundo. Vale, pues, la misma respuesta. Lo que hemos hecho —y todo lo que hagamos en la misma línea— era y es totalmente indispensable para la PAZ SOCIAL, que es la meta impostergable a la que se enderezan todos los conatos de JUSTICIA SOCIAL. Pero ello solo no basta. Más aún, con todo ese haber social estamos en un punto, en el que lo mismo podemos avanzar hasta tocar con la mano la suspirada meta, que enconar más los resentimientos de clases y los odios sociales. Porque una legislación social, por perfecta que sea, si no se cumple por los interesados —Estado o particulares, según los casos—, o se cumple con diversas balanzas y acepción de personas o partidos, lejos de aquietar, exacerba. Y desgraciadamente hay que decir que sería ingenuo negar que aun en nuestros países de Centro América se hayan dado —con o sin mala voluntad— tales descuidos y tales rencores. No basta, pues, obtener leyes y reformas sociales, si la justicia no lo INVADIRÍA EFECTIVAMENTE todo.

La justicia “sola” nos deja en la encrucijada.

El lema de su Santidad Pío XII, OPUS IUSTITIAE PAX, es una verdad como un templo, pero sólo si se da a cada palabra su alcance TOTAL. La paz, efectivamente —es decir, la felicidad verdadera que nace de la tranquilidad en el orden—, será efecto de la justicia, cuando la justicia no se ponga sólo en las justas reivindicaciones de los de abajo escritas en el papel, sino en el conjunto de derechos y de obligaciones de los de abajo y de los de arriba, hecho realidad por la buena voluntad de todos. De lo contrario tendremos en todas partes PAZ RUSA —que es estado de agresión, de guerra, de recelos... y en una palabra, un infierno—, como resultado de la JUSTICIA SOVIETICA; dicho en otros términos, nos habremos precipitado —y lo peor es que a costa de tantos sacrificios sociales...— en el caos que cabalmente pretendíamos alejar de nosotros, porque PARA TODOS, los de abajo y los de arriba, es temible.

¿Cuál es el único guardaagujas que nos pueda salvar en esa encrucijada?

Consultemos a la historia, que en este caso nos va dando la solución por entregas según el triple proceso hegeliano... Puesta la TESIS —las masas que cayeron en la cuenta de sus derechos—, siguióse la ANTITESIS —la lucha de clases, con su cortejo de odios y hasta de temores que en ciertos países provocaron concesiones de parte de los ricos, condicionadas, muchas veces, por lo menos en cuanto a su cumplimiento, a la duración de ciertas circunstancias alarmantes... Ahora, pues, se impone la SINTEESIS, si no queremos despenarnos. Esta nos la sugiere la triste experiencia de las guerras y de las injusticias de la humanidad entera, que acusa implacablemente al EGOISMO como al causante de todas ellas. Porque es psicológicamente imposible el respeto absoluto de TODOS los derechos de TODOS, mientras reine el egoísmo en el mundo. Ahora bien, no hay otro camino para desterrar el egoísmo, que entronizar el amor. No lo hay, ni lo ha habido, ni lo habrá nunca, y siempre será verdad que los que han vencido en grado heroico el egoísmo han merecido de la Iglesia los honores de los altares, y que la única vez en la historia en la que se ha dado el

milagro moral de que no hubiera ni "mío" ni "tuyo" fué en la primitiva Iglesia, cuando la religión católica, que es todo amor, estaba en su apogeo.

La cruzada del amor.

El amor que conculca la justicia es falso, pero, a su vez, es imposible ser justo con todos y siempre, si no se ama a todos y siempre. Hay que hablar claramente de derechos y de deberes a los patronos y a los obreros, para que no se ahonde —con el incumplimiento de las leyes sociales de una parte y de otra— esa actitud de celos y de venganzas que tanto fomentan la tensión social y, en concreto en nuestros países..., la inestabilidad política. Pero no lograremos nunca efectivamente ese respeto mutuo, si no fomentamos la campaña del amor.

Hace pocos días resonaba en una iglesia de Madrid, y repercutía en los corazones entusiastas de una juventud homogénea de empleados de banco, el cálido verbo de un sacerdote que puede hablar de cuestión social, porque ha hecho OBRA SOCIAL. "La campaña del amor está en marcha", decía entusiasmado, y su voz —la misma que suele enseñar en otras ocasiones sus OBLIGACIONES sociales a los de arriba y a los de abajo— hallaba eco en aquellos corazones, rebotada por las paredes del magnífico sanatorio antituberculoso, de la cooperativa de consumo y de crédito, de la confortable residencia-pensión, del albergue de verano, de las casas para hogares jóvenes, que para "sus" empleados ha venido instalando durante estos años en condiciones ventajosas. Y francamente no podía menos de entusiasmarse al contemplar su obra, que más que en edificios consiste en un espíritu de generosidad admirable, realización de aquella petición que durante años les ha venido enseñando a repetirla todos juntos en el momento más sublime de la misa diaria: "Te pedimos por la cristianización de las empresas en que trabajamos, por sus directores, jefes y empleados. Para que el Corazón inmaculado de María nos funda a todos en la hermandad más íntima, con el vínculo de una misma fe, el calor de una misma caridad cristiana, el amor a una Madre Común".

Esa es cabalmente la fórmula completa, la de los primeros cristianos: justicia y religión, obras y amor. La gran campaña de la bondad, predicada por el P. Lombardi al mundo con una aprobación tan excepcionalmente explícita y entusiasta del Sumo Pontífice —quien llegó hasta ponerse al frente de la misma, yendo al encuentro de la colosal procesión con que el Predicador la terminó en Roma, y dirigiendo él mismo por radio el santo rosario durante el triduo en que consistió— cobra, con movimientos tangibles como ése, el valor brutal de los hechos.

El liberalismo y el comunismo quisieron apartar el mundo de Cristo, y no han conseguido más que hacer palpar al mundo la necesidad de la religión de Cristo. Desde hoy queda patente que el catolicismo no es una religión de beatos, sino la única solución de todos los problemas de la humanidad. La atmósfera de odios y celos a la que hemos llegado se hace ya insoportable. Se sufre tanto..., que se espera a Jesús en todas las calles... La era de Jesús se impone. Como muy bien lo dice el P. Lombardi, "La historia está madura para una grandiosa experiencia cristiana de vida colectiva". La ocasión es única. Los pueblos que sean capaces de vivir el catolicismo íntegro —con todas sus consecuencias ineludibles en la vida matrimonial, en la escuela y en la moralidad pública— habrán llegado a la "Síntesis". ¿Será capaz nuestra Centro América?